

La cara sociopolítica de la exclusión

El problema de la exclusión social también tiene un componente sociopolítico que, como complemento las dos primeras dimensiones, merece ser considerado y medido. En una línea muy similar a la precedente, la dimensión sociopolítica del problema supone un llamado de atención sobre cuestiones como el modo en que la población vulnerable percibe sus relaciones con el resto de la ciudadanía; los grados de organización y participación pública de la misma; las posibilidades con que cuenta ésta para enfrentar conflictos de orden institucional, así como para reclamar y defender colectivamente sus derechos; y, en general, el grado de inserción de estas personas y grupos en distintos procesos a nivel comunitario, barrial y de ciudad. Se trata, entonces, de una dimensión que problematiza el fenómeno de inclusión-exclusión en Cali desde el punto de vista de la cohesión y la participación ciudadana (Alcaldía-DAPM, 2010, 13).

La percepción que la población vulnerable tiene de sus relaciones con el resto de la comunidad ciudadana, se encuentra en estrecha relación con las ideas referidas anteriormente en torno a la experiencia de la exclusión. En tanto variable, esta representación permite explorar más a fondo los distintos estigmas a los que ésta población debe verse enfrentada en su vida cotidiana, lo cual puede dar cuenta de cómo se desenvuelven corrientemente las relaciones entre el interior y el exterior de la comunidad ciudadana. Al respecto, y como indicador ilustrativo, vale la pena considerar la autopercepción del trato recibido por los grupos vulnerables en distintos espacios de la ciudad, tal y como fue revelada por la primera fase del diagnóstico.

Los datos en cuestión sugieren la existencia de un acentuado sentido de exclusión y estigmatización de la población vulnerable por parte del resto de la ciudadanía. Dicha situación parece provenir con mayor fuerza de instituciones como la policía, de espacios como los hospitales y centros de salud, y de entornos como el lugar de trabajo. Se trata, no obstante, de una percepción variable en términos étnico-raciales. En efecto, los mayores porcentajes de peor trato corresponden a los hogares afrocolombianos e indígenas, cuya sensación de exclusión aparece afirmada, respectivamente, por el 34,7% y el 32,8% de los informantes. En escuelas y colegios, así como en el transporte público, el grupo más afectado parece ser el de los afrocolombianos, los mismos que manifiestan sentir el peor trato por parte de la policía (en un 39,6% de los casos) (Alcaldía, 2009, 130-131). Las diferencias entre grupos tienen a atenuarse en casos como la percepción de exclusión en las diligencias administrativas, en donde las respuestas alusivas a malos tratos oscilan entre el 23 y 25% (Ibíd, 130). Esta sensación de exclusión, que remite a una idea de exterioridad con respecto a la comunidad ciudadana –particularmente fuerte en sectores como Asentamiento Sardi, El Retiro y Potrero grande-, puede estar estrechamente ligada al reconocimiento de la existencia de un fuerte estigma barrial, y deja en evidencia la presencia de una idea, más o menos generalizada, de que residir en un determinado sector tiene efectos sociales negativos (Ibíd, 130-132).



2,9%; los grupos de mujeres y de madres comunitarias, con un 2,7% y 2,6%, respectivamente. Tan sólo el 2,4% de los hogares manifiesta participar en juntas de acción comunal, mientras no más del 2% lo hace en grupos de jóvenes. Mucho más abajo (1,5-1,4%) se encuentran los grupos culturales y las asociaciones de padres de familia (Ibíd., 140). Cabe señalar aquí que, a diferencia de lo que ocurre con los servicios públicos, esta baja participación no se debe a la escasa o regular presencia de organizaciones como las mencionadas, sino más bien a un bajo interés participativo de parte de la comunidad. En la mayor parte de los barrios encuestados, en efecto, existen organizaciones de distinto tipo. No obstante, la apatía de los habitantes hacia las mismas parece indicar que éstas no tienen más que un débil impacto en las relaciones de convivencia en la comunidad, lo que representa un obstáculo para el adelantamiento de procesos de desarrollo social (Ibíd., 140).



Gráfico 3
Pertenencia de algún miembro del hogar a organizaciones para 9 barrios de la ciudad de Cali
Fuente: Encuesta SIISAS, 2008

El diagnóstico de los esfuerzos organizativos en los sectores y grupos estudiados deja ver un bajo grado de cohesión, concertación y acción colectiva, lo que constituye un obstáculo para el impulso y fomento de los capitales sociales allí presentes. En términos generales, la participación en organizaciones de los

hogares es muy baja, tanto así que ronda el 2% en la mayoría de éstas. El 12,7% afirma participar de organizaciones religiosas o espirituales. A éstas les siguen los grupos de la tercera edad, con un 4,1%; los grupos deportivos, con un 2,9%; los grupos de mujeres y de madres comunitarias, con un 2,7% y 2,6%, respectivamente. Tan sólo el 2,4% de los hogares manifiesta participar en juntas de acción comunal, mientras no más del 2% lo hace en grupos de jóvenes. Mucho más abajo (1,5-1,4%) se encuentran los grupos culturales y las asociaciones de padres de familia (Ibíd., 140). Cabe señalar aquí que, a diferencia de lo que ocurre con los servicios públicos, esta baja participación no se debe a la escasa o regular presencia de organizaciones como las mencionadas, sino más bien a un bajo interés participativo de parte de la comunidad. En la mayor parte de los barrios encuestados, en efecto, existen organizaciones de distinto tipo. No obstante, la apatía de los habitantes hacia las mismas parece indicar que éstas no tienen más que un débil impacto en las relaciones de convivencia en la comunidad, lo que representa un obstáculo para el adelantamiento de procesos de desarrollo social (Ibíd., 140).

La mirada sobre los esfuerzos organizativos, se encuentra complementada por una pregunta sobre los grados de participación de los hogares en proyectos para trabajar en conjunto ante problemas comunes, o en reuniones para realizar peticiones ante el gobierno municipal. Si la comunidad desea debilitar los factores de la exclusión, la desigualdad y la marginalidad, es necesario que tome parte en iniciativas colectivas orientadas hacia el beneficio común, la defensa de sus derechos y la visibilización como parte integral de la ciudadanía. No es posible construir una ciudad más incluyente sin una activa participación ciudadana presente tanto en los ámbitos más estrechos –el barrio– como en los más amplios –la ciudad–, planteamiento que es tanto más válido para aquellos sectores en situación de vulnerabilidad, para quienes la acción pública debería representar un imperativo en la búsqueda –o reclamo– de reconocimiento e integración.

Como en el caso de la organización, el panorama de la participación ciudadana en los hogares estudiados evidencia la existencia de un espíritu participativo bastante débil, que poco contribuye a la realización de acciones públicas y colectivas como las acá consideradas. Esto puede verse reflejado en hechos como el que el 68,8% de los hogares encuestados en 2008 afirma que nunca se reúne con los vecinos de su barrio para discutir problemas comunes. Al respecto, cabe recordar que difícilmente pueden propiciarse mecanismos de inclusión “si los hogares no desarrollan mecanismos de consulta en el interior de sus propias comunidades sobre los problemas que los aquejan” (Ibíd., 143). Puede tratarse, de alguna manera, de una apatía generada bien por una mera indiferencia en relación con lo

No es posible construir una ciudad más incluyente sin una activa participación ciudadana.

que sucede en el entorno, o bien por un desencantamiento por experiencias previas en las que la participación no condujo a resultados visibles o relevantes.

Estas mismas apreciaciones podrían estar igualmente referidas a la participación de los hogares en acciones conjuntas para realizar peticiones al gobierno municipal en pro del desarrollo del barrio. En efecto, únicamente el 3,2% de los hogares de la primera fase manifiesta hacerlo con frecuencia, y de este total sólo el 25,3% afirma reunirse esporádicamente para realizar peticiones conjuntas. La no participación sigue siendo la pauta predominante, con un 64,5% de hogares que señala nunca reunirse para tales fines (Ibíd., 144). A la hora de buscar posibles explicaciones a esta situación, tan desfavorable desde el punto de vista de la inclusión, cabe señalar que entre aquellos que participan para realizar esta clase de peticiones, al momento de evaluar el éxito de las mismas, un 32,3% percibe que su acción no tuvo éxito alguno. Esto remite directamente al último factor considerado líneas arriba, en relación con el cual puede sugerirse que la escasa participación en actividades de consulta puede deberse a una percepción de inutilidad –ciertamente real– de las acciones colectivas. Al percibir como infructuosa la acción, no es extraño que las personas o los grupos opten por no seguir participando (Ibíd., 144).

